

Ahora bien, un mozo de diez y siete años puede causar famosas averías en los pergaminos de los contratos matrimoniales, particularmente en los más antiguos, según cuentan las crónicas escandalosas.

Y un hombre de cincuenta y dos años es más temible a esta edad que a otra cualquiera, porque se halla en posesión de una experiencia costosamente adquirida y de toda su fortuna. Las pasiones de esa edad, siendo las últimas, son las más vehementes; y el hombre al sentir las es implacable y desconsiderado, como el náufrago que, arrastrado por la corriente, se agarra con fuerza a una rama de sauce verde y flexible, tierno retoño del año.

XIV

Fisicamente, el hombre es más tiempo hombre, que la mujer, mujer.

Por lo que respecta al matrimonio, la diferencia de duración que existe entre la vida amorosa del hombre y la de la mujer resulta, pues, de quince años. Este término equivale a las tres cuartas partes del tiempo durante el cual las infidelidades de una mujer pueden ocasionar la desgracia de un marido. Sin embargo, el residuo de la substracción hecha de la masa de los hombres no ofrece más diferencia que la de una sexta parte, a lo sumo, comparándolo al que resulta de la substracción hecha de la masa femenina.

Grande es la modestia de nuestros cálculos. En cuanto a nuestras razones, son de una evidencia tan vulgar que únicamente las exponemos por exactitud y para evitar las críticas.

Queda por consiguiente probado a todo filósofo, por poco calculador que sea, que existe en Francia una masa flotante de tres millones de hombres desde diez y siete años a lo menos hasta cincuenta y dos a lo más, todos robustos, todos con buenos dientes, decididos todos a morder, y mordiendo, y no deseando otra cosa que marchar derechos y con paso firme por el camino del paraíso.

Las observaciones ya hechas nos autorizan a separar de esta masa un millón de maridos. Supongamos por un momento que, satisfechos y felices como nuestro marido modelo, todos se contentan con el amor conyugal.

Pero la masa de dos millones de solteros no tiene necesidad de un real de renta para hacer el amor;

Le basta a un hombre tener buena facha para descolgar el retrato de un marido;

Ni siquiera es necesario que sea barbilindo, ni siquiera bien formado;

Con tal que un hombre tenga ingenio, buena figura y don de gentes, las mujeres no le preguntan de dónde viene, sino adónde quiere ir;

Los encantos de la juventud son el único bagaje del amor;

Un frac de Buissón, un par de guantes grises de casa de Boivín, unas botas elegantes que el industrial quizá no cobre, una corbata con el lazo muy bien hecho, le bastan a un hombre para convertirse en rey de un salón;

Los militares, en fin, aunque la afición a los entorchados haya menguado mucho, ¿no son por sí solos una temible legión de solteros?... Sin hablar de Eginardo (1), puesto que era secretario particular, ¿no han hablado los periódicos de una princesa de Alemania que ha legado su fortuna a un simple teniente de coraceros de la guardia imperial?

El notario de pueblo, que vive en un rincón de Gascuña, y no hace treinta escrituras cada año, manda su hijo a París para que sea abogado; el tendero quiere que su hijo sea notario; el curial destina el suyo a la magistratura; el magistrado quiere ser ministro para que sus hijos sean pares de Francia. En ninguna época del mundo se ha conocido tamaña sed de instrucción. Hoy no es el ingenio lo que abunda, sino el saber. Por todos los resquicios de nuestro estado social brotan flores brillantes, como la primavera las hace brotar de las paredes en ruinas; hasta de los subterráneos salen matas floridas, que prosperarán por poco que penetre en sus bóvedas el sol de la Instrucción. Desde el advenimiento de este inmenso desarrollo del pensamiento, de esta igual y fecunda dispersión de luz, ya casi no tenemos superioridades, pues cada hombre representa la masa de instrucción de su siglo. Estamos rodeados de enciclopedias vivientes, que andan, piensan, accionan y quieren eternizarse. De ahí las espantosas sacudidas de ambiciones ascendentes y de pasiones delirantes; necesitamos otros mundos; necesitamos colmenas dispuestas a recibir todos los enjambres; y necesitamos, sobre todo, muchas mujeres bonitas.

(1) Cronista del siglo IX, secretario de Carlomagno, y encargado, después de muerto éste, de la educación de Lotario. Murió el año 844.—(N. del T.)

29697

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

Agréguense que las enfermedades no disminuyen la masa total de las pasiones del hombre, pues, para vergüenza nuestra, las mujeres nunca nos quieren más que cuando padecemos y sufrimos.

Ante esta idea, todos los epigramas dirigidos contra el *sexo pequeño* (porque es muy antiguo decir bello sexo), deberían cesar o desarmarse de sus agudas puntas y cambiarse en madrigales... Todos los hombres deberían considerar que la única virtud de la mujer es amar, que todas las mujeres son prodigios de virtud, y cerrar con esto el libro y la Meditación.

¡Ah! ¿os acordáis del momento lúgubre y negro en que, solo y dolorido, acusando a los hombres y a vuestros amigos particularmente, débil, desalentado, pensando en la muerte, apoyada la cabeza en una almohada tibia, acostado sobre unas sábanas cuyo blanco tejido se imprimía sobre vuestra piel, paseabais vuestros ojos grandemente abiertos sobre el papel verde de la alcoba muda? ¿Os acordáis, pregunto, de haberla visto entreabriendo sin ruido vuestra puerta, mostrando su cabeza juvenil adornada con sus trenzas de oro y su sombrero claro, apareciéndose como una estrella en noche de tempestad, sonriente, medio tímida y medio gozosa, y precipitándose en vuestros brazos?

—¿Qué has hecho? ¿qué le has dicho a tu marido?— preguntabais.

¡Un marido!... Henos aquí de lleno en nuestro asunto.

XV

Moralmente, el hombre es más a menudo y por más tiempo hombre, que la mujer, mujer.

Sin embargo, debemos considerar que entre esos dos millones de solteros, hay muchos desgraciados en los cuales el sentimiento profundo de su miseria y el trabajo constante apagan el amor;

Que no todos han estado en el colegio, y que hay muchos artesanos, muchos lacayos (el duque de Greves era muy feo y pequeño. Paseándose un día por el parque de Versalles, vió algunos criados de aventajada estatura, y dijo a sus amigos:—¡Mirad cómo hacemos a esos perillones y cómo nos hacen ellos a nosotros!...), muchos con-

tratistas de obras, muchos negociantes que sólo piensan en el dinero, muchos corredores de comercio;

Que hay hombres más animales y verdaderamente más feos de lo que nadie pudiera imaginarse;

Que los hay cuyo carácter es áspero como un erizo;

Que el clero es generalmente casto;

Que hay hombres colocados de manera que no pueden entrar nunca en la esfera brillante en que se mueven las mujeres decentes, sea por falta de un traje, sea por timidez, sea por carecer de quien los introduzca.

Pero dejemos a cada cual aumentar cuanto quiera el número de excepciones según su propia experiencia (pues el objeto de un libro es ante todo hacer pensar); y suprimamos de un golpe la mitad de la masa total no admitiendo más que un millón de corazones dignos de ofrecer sus homenajes a las mujeres decentes, que es aproximadamente el número de nuestras superioridades en todo género. ¡Las mujeres no gustan más que de los hombres de ingenio!

Ahora, si hemos de oír a nuestros amables solteros, cada uno de ellos refiere una multitud de lances, que todos comprometen gravemente a las mujeres decentes. Hay discreción y modestia, y nos quedamos cortos no concediendo a cada soltero más que tres aventuras amorosas; pues si algunos cuentan por docenas, son tantos los que se han quedado en dos o tres pasiones, y hasta en una sola durante la vida, que repartimos como en estadística a tanto por cabeza. Pues bien, multiplicando el número de solteros por el de aventuras, tenemos tres millones de lances afortunados; ¡y para hacerles frente no tenemos más que cuatrocientas mil mujeres decentes!

Si el Dios de bondad y de indulgencia que gobierna los mundos no hace una segunda leña del género humano, es sin duda por el poco éxito que tuvo la primera...

¡Ved lo que es un pueblo! ¡he aquí una sociedad tamiada y he aquí el resultado que ofrece!

XVI

Las costumbres son la hipocresía de las naciones, y la hipocresía es más o menos perfeccionada.

XVII

La virtud quizá no es otra cosa que la urbanidad del alma.

El amor físico es una necesidad como la de comer, con la sola diferencia de que el hombre come siempre; pero su apetito, en amor, no es ni tan sostenido ni tan regular como en cuestión de mesa.

Un pedazo de pan duro y un poco de agua bastan a satisfacer el hambre de cualquier hombre; pero la civilización ha creado la gastronomía.

El amor tiene su pedazo de pan, pero tiene también su arte de amar, eso que llamamos coquetería, frase deliciosa que sólo existe en Francia, cuna de esta ciencia.

¡Y bien! ¿no hay bastante para hacer temblar a todos los maridos, si piensan en que el hombre está de tal suerte poseído de la necesidad innata de cambiar de manjares, que hasta en tierras de salvajes han encontrado los viajeros bebidas espirituosas y estofados?

Pero el hambre no es tan violenta como el amor, y los caprichos del alma son más abundantes, más imperiosos que los de la gastronomía. Todo lo que historiadores y poetas nos han revelado del amor humano, arma a nuestros solteros de un poder terrible: son los leones del Evangelio buscando presas para devorarlas.

¡Que cada cual consulte su conciencia, evoque sus recuerdos y se pregunte si ha habido jamás un hombre que se haya contentado con el amor de una sola mujer!

¿Cómo explicar, para honor de los pueblos, el problema resultante de tres millones de pasiones ardientes que no encuentran para saciarse más que cuatrocientas mil mujeres? ¿Hemos de distribuir los solteros a razón de cuatro por mujer, reconociendo que las mujeres decentes podrían muy bien haber establecido, por instinto y sin saberlo, una especie de turno entre ellas y los solteros, a semejanza del que han inventado los presidentes de audiencia para que todos los magistrados pasen alternativamente por todas las salas en cierto número de años?...

¡Tristé manera de resolver esta dificultad!

¿Se quiere conjeturar que ciertas mujeres decentes se conduzcan, en el reparto de solteros, como el león de la fábula?...

Para honor de las damas francesas, ¿querrá suponerse que en tiempo de paz los demás países nos importan cierta cantidad de sus mujeres decentes, principalmente Inglaterra, Alemania y Rusia?... Pero en tal caso, las demás naciones pretenderán establecer un balance, objetando que Francia exporta regular cantidad de mujeres bonitas.

La moral, la religión padecen tanto con semejantes cálculos, que un hombre honrado, en su deseo de discul-

par a las mujeres casadas, se complacerá en creer que las viudas nobles y las solteras entran por una mitad en la corrupción general, o hablando más claro, que los solteros mienten.

Pero ¿qué cálculo es ese? Reflexiónese que los maridos se conducen casi todos como solteros, vanagloriándose, *in petto*, de sus secretas aventuras.

¡Oh! siendo así, creemos que todo hombre casado, si le interesa un poco su mujer por el lado del honor, como diría el viejo Corneille, puede buscar una cuerda y un clavo: *facnum habet in cornu*.

Con todo, entre esas cuatrocientas mil mujeres decentes, hay que buscar, linterna en mano, las mujeres virtuosas que en Francia pueda haber... En efecto, según nuestra estadística conyugal, no hemos descartado más que criaturas que la sociedad no tiene en cuenta. ¿No es evidente que en Francia, *las gentes decentes, las personas comme il faut*, forman apenas un total de tres millones de individuos, a saber, nuestro millón de solteros, quinientas mil mujeres distinguidas, quinientos mil maridos honestos, y un millón de viudas, de niñas y de muchachos?

¡Escandalizaos ahora con el célebre verso de Boileau! Ese verso demuestra que el poeta había profundizado hábilmente las reflexiones matemáticas desarrolladas en presencia vuestra en estas Meditaciones desconsoladoras, y que la idea que encierra es una hipótesis.

Sin embargo, ¿hay mujeres virtuosas?

Sí; las que nunca han tenido pretendientes y las que mueren del primer parto, suponiendo se casasen vírgenes.

Sí; las que son feas como la Kaifakatadary de las *Mil y una noches*.

Sí; las que Mirabeau llamaba *hadas concombros*, compuestas de átomos semejantes a los de las raíces de fresal y de nenúfar; ¡pero no hay que fiarse!

Debemos confesar, en alabanza del siglo, que desde la restauración de la moral y de la religión, y para estar en los tiempos que estamos, se encuentran aún algunas mujeres tan devotas, religiosas, esclavas de sus deberes; tan metódicas, tan acompañadas, tan tiesas, tan virtuosas, tan... que ni el diablo mismo se atreve a mirarlas; van pertrechadas de rosarios, de cruces y de directores... pero ¡chitón!

No intentaremos contar las mujeres que son virtuosas de puro bestias, pues es bien sabido que en amor no hay ninguna tonta.

Y, después de todo, no sería imposible que hubiese, escondidas en algún rincón, muchas jóvenes, lindas y virtuosas, de que el mundo no tuviera noticia.

Pero no deis el nombre de virtuosa a la mujer que, combatiendo una pasión involuntaria, nada concede a un amante a quien, a pesar de todo, idolatra. Esta es la más sangrienta injuria que puede inferirse a un marido enamorado. ¿Qué le queda de su mujer? Una cosa sin nombre, un cadáver animado. En el seno de los placeres, su mujer está como el convidado advertido por Borgia en medio del festín, de que ciertos manjares están envenenados: ya no tiene apetito, come poco o finge comer. Siente la comida que ha dejado por la del terrible cardenal, y suspira anhelante porque llegue la hora de levantarse de la mesa.

¿Cuál es el resultado de estas reflexiones sobre la virtud femenina? Helo aquí; pero advirtiéndole que las dos últimas, de las cinco máximas siguientes, nos las ha enseñado un filósofo ecléctico del siglo XVIII.

XVIII

La mujer virtuosa tiene en el corazón una fibra más, o una fibra menos que las demás mujeres: es estúpida o sublime.

XIX

La virtud de las mujeres es quizá cuestión de temperamento.

XX

Las mujeres más virtuosas tienen en sí algo que no es casto.

XXI

«Que un hombre de talento dude alguna vez de su querida, se comprende; pero de su mujer... ¡es necesario ser muy bruto!»

XXII

«Los hombres serían muy desgraciados si, cuando están al lado de sus mujeres, se acordaran para nada de ciertas cosas que están cansados de saber.»

El número de mujeres raras que, como las vírgenes de la parábola, han sabido conservar su lámpara encendida, parecerá siempre muy escaso a los defensores de la virtud y de los buenos sentimientos, pero de todas maneras hay que restarlo de la suma total de mujeres honradas, resta consoladora que aumenta el riesgo para los maridos, hace mayor el escándalo y no favorece a las esposas legítimas.

¿Qué marido podrá, sabido esto, dormir tranquilo al lado de su joven y bellísima consorte? ¡Pensar que siempre hay, por lo menos, tres solteros soñando con su mujer! Los tales, aunque no hayan todavía mermado su propiedad, consideran a la casada como una presa legítima, que tarde o temprano ha de ser suya, ya por astucia, ya por conquista, o ya por buena voluntad. ¡Es imposible que no acaben por obtener la victoria!

¡Conclusión que asusta!

Los puristas en moral dirán al llegar aquí que presentamos unos cálculos desoladores; querrán sin duda salir a la defensa, o de las mujeres decentes o de los solteros; pero hemos reservado para ellos una postrera observación.

Aumentada a capricho el número de las mujeres decentes, o disminuido el número de los solteros: siempre os resultará mayor número de aventuras amorosas que de mujeres decentes; encontraréis siempre una masa enorme de solteros, obligados por nuestras costumbres a tres géneros de crímenes.

Si permanecen castos, su salud se alterará a causa de continuas irritaciones; convertirán en vanas las previsiones sublimes de la naturaleza, y tendrán que ir a morir del pecho bebiendo leche en las montañas de Suiza.

Si sucumben a sus tentaciones legítimas, o comprometerán a mujeres decentes—y entonces volvemos al tema de este libro—o se degradarán en el horrible trato con las quinientas mil mujeres de que hemos hablado en la última categoría de la primera Meditación; y en tal caso ¡cuántas probabilidades de ir a morir a Suiza tomando leche!

¿No os ha chocado alguna vez, como a mí, un vicio de organización de nuestro orden social, precisamente el que va a servir de prueba moral a nuestros últimos cálculos?

El hombre se casa, por término medio, a la edad de treinta años; el término medio del desarrollo de sus pasiones, deseos violentos y apetitos genésicos, es la edad de veinte años. Ahora bien, en los diez años más hermo-

sos de su vida, en la época misma en que su juventud, y su hermosura, y su ingenio le hacen más temible y amenazador para los maridos, se encuentra sin poder dar satisfacción *legalmente* a la irresistible necesidad de amar que agita y sacude todo su ser. Representando ese lapso de tiempo la sexta parte de la vida humana, debemos admitir que la sexta parte cuando menos de la masa masculina, y la sexta más vigorosa y osada, permanece perpetuamente en una actitud fatigosa para cada uno y peligrosa para la sociedad.

—¡Que los casen!—exclamará alguna devota.

Pero ¿dónde está el padre de buen sentido que quiera casar a un hijo a los veinte años?

¿No se conoce el riesgo de las uniones precoces? Parece que el matrimonio sea un estado contrario a las costumbres naturales, puesto que exige una madurez de razón particular. En fin, todo el mundo sabe lo que Rousseau ha dicho: «Siempre se necesita un período de libertinaje, sea en un estado o en otro. Es una mala levadura que tarde o temprano fermenta.»

Y bien, ¿cuál es la madre de familia que expondría la felicidad de su hija a los azares de esta fermentación, cuando todavía no se ha efectuado?

Por otra parte, ¿qué necesidad tenemos de justificar un hecho bajo cuyo imperio existen las sociedades todas? ¿No hay en todos los países, como hemos demostrado, una inmensa cantidad de hombres que viven lo más honestamente posible fuera del matrimonio y del celibato?

—Pero tales hombres—se dirá,—¿no pueden vivir en la continencia como los sacerdotes?

Indudablemente.

Con todo, hemos de hacer observar que el voto de castidad es una de las más violentas excepciones del estado natural exigidas por la sociedad; que la continencia es la gran cuestión en el oficio de clérigo; que éste debe ser casto, como el médico es insensible a los males físicos, como el abogado y el procurador lo son a la miseria que les muestra sus llagas, como el militar lo es a la muerte que le rodea en el campo de batalla. De que las necesidades de la civilización osifiquen ciertas fibras del corazón humano y encallezcan ciertas membranas que deben raciocinar, no se deduce que todos los hombres estén obligados a sufrir esas muertes parciales y excepcionales del alma. Eso sería llevar al género humano a un execrable suicidio moral.

Pero que se presente, sin embargo, en el seno del salón

más jansenista posible un joven de veintiocho años que haya conservado preciosamente su vestidura de inocencia, que sea tan virgen como los gallos silvestres con que se regalan los golosos, y veréis que la mujer más virtuosa y más austera le dirigirá cumplimientos bien amargos sobre su valor, que el magistrado más severo moverá la cabeza con sonrisa de incredulidad, y que todas las damas se tapan la cara para que nadie las vea reírse. Y si la heroica víctima se aleja del salón, ¡qué diluvio de sátiras caerá sobre su inocente cabeza!... ¡Qué de insultos!... ¿Hay algo más vergonzoso en Francia que la impotencia, la frialdad, la ausencia de pasiones y la bobería?

El único rey de Francia que no se hubiera ahogado de risa habría sido, si acaso, Luis XIII; pero lo que es su padre, quizá hubiera desterrado al virginal mancebo, acusándolo de no ser francés, o de que daba un pernicioso ejemplo.

¡Extraña contradicción! Tan criticado es un hombre por pasar su vida en *tierra santa*, como se dice en el lenguaje de la vida de soltero, como por lo contrario. ¿Será por casualidad en provecho de las mujeres decentes el que se haya ordenado a las *pasiones públicas* no comenzar hasta el anochecer y acabar a las once de la noche?

¿Dónde queréis que se quite el mal humor nuestra masa de solteros y de solterones? ¿A quién se engaña aquí? ¿A los gobernantes o a los gobernados? ¿El orden social ha de ser como esos niños que para no oír los tiros se tapan las orejas? ¿Teme sondear la llaga? ¿O se habrá reconocido que el mal no tiene remedio y que es necesario dejar que las cosas sigan su curso? Pero hay aquí un asunto de legislación, pues no es posible escapar al dilema material y social que resulta de este balance de la virtud pública en lo referente al matrimonio. No nos toca resolver esta dificultad; sin embargo, supongamos por un momento que para preservar a tantas familias, a tantas mujeres, a tantas chicas honradas, la sociedad se viera obligada a dar a los corazones con patente el derecho de satisfacer a los solteros: ¿no deberían nuestras leyes, en tal caso, constituir en gremio a esos Decios (1) hembras que se sacrifican por la república formando un muro con

(1) Decio, ilustre romano, que se entregó a los dioses infernales por asegurar la victoria a su ejército (340 antes de J. C.) El nombre de Decio se emplea para designar a los que se sacrifican por los intereses de su patria.—(N. del T.)

sus cuerpos en defensa de las familias honradas? Los legisladores han hecho mal en no ordenar todavía ese género de cortesanas.

XXIII

Si la cortesana es una necesidad, es también una institución.

Esta cuestión resulta tan erizada de *sies* y de *peros*, que se la legamos a nuestros descendientes; no hemos de resolver la totalidad de las cuestiones, y algunas hemos de dejarles. Por otra parte, es enteramente accidental en esta obra, pues hoy más que en ningún tiempo se ha desarrollado la sensibilidad; en ninguna época ha habido tanta diversidad de costumbres, porque, sin duda, nunca se ha comprendido como hoy que el placer procede del corazón. Pues bien, ¿cuál es el hombre de sentimiento, dónde está el soltero, que en presencia de cuatrocientas mil mujeres jóvenes y lindas, engalanadas con todos los esplendores de la fortuna y con todas las gracias del ingenio, poseyendo todos los tesoros de la coquetería y pródigas en felicidades, se quiera ir con... las otras? ¡Bah!

Consignemos para nuestros futuros legisladores, en formas claras y breves, el resultado de estos años últimos.

XXIV

En el orden social, los abusos inevitables son leyes de la naturaleza, y fundándose en ellas debe concebir el hombre sus leyes civiles y políticas.

XXV

El adulterio es una quiebra, con la sola diferencia, dice Champfort, de que el deshonorado no es el que hace la quiebra, sino su víctima.

En Francia, las leyes relativas al adulterio y las referentes a las quiebras necesitan grandes modificaciones. ¿Son demasiado suaves? ¿pecan por sus principios? *Caveant consules!* (1).

(1) Fórmula usada por el Senado romano en los momentos de crisis y con la cual investía a los cónsules de un poder dictatorial. Significa que los cónsules vigilen, y emplease a veces en lugar de ¡cuidado! o de ¡atención!— (N. del T.)

¡Pues bien, valeroso atleta! Ya que has tomado por tu cuenta el pequeño apóstrofe que nuestra primera Meditación dirige a las personas que han cargado con una mujer, ¿qué dices tú? Esperamos que esta ojeada a la cuestión no te haga temblar, que tú no eres uno de esos hombres cuya espina dorsal se pone ardiente y cuyo fluido nervioso se hiela en presencia de un precipicio o de un boa *constrictor*. ¡Ay, amigo! quien tiene tierra, tiene guerra. Los hombres que desean tu dinero, siempre son más que los que desean tu mujer.

Después de todo, los maridos son muy dueños de tomar estas bagatelas por cálculos, o estos cálculos por bagatelas. Lo que hay de más hermoso en la vida son sus ilusiones. Lo que hay de más respetable son nuestras creencias, las más fútiles. ¿No hay muchas personas cuyos principios son sencillamente preocupaciones, y que, sin fuerzas para concebir la felicidad y la virtud por sí mismos, aceptan una virtud y una felicidad hechas por mano de los legisladores? Por eso no nos dirigimos más que a todos esos *Manfredos* que, habiendo levantado demasiadas faldas, quieren levantar lo mismo todos los velos cuando los atormenta una especie de espín moral. Para ellos queda ahora debidamente planteada la cuestión; y nosotros ya conocemos la extensión del mal.

Nos falta examinar las probabilidades generales que pueden haber en el matrimonio de cada hombre, y hacerlo menos fuerte en el combate del que nuestro campeón debe salir vencedor.

MEDITACIÓN V

DE LOS PREDESTINADOS

Predestinado significa destinado previamente a la dicha o a la desdicha. La Teología se apoderó de esta palabra, empleándola siempre para designar a los bienaventurados; nosotros le damos una significación fatal para nuestros elegidos, de los cuales se puede decir lo contrario que de los del Evangelio: «Muchos son los llamados y muchos los elegidos».

La experiencia ha demostrado que existen ciertas clases de hombres más sujetos que los otros a ciertas desgra-

cias; así como los gascones son exagerados y los parisienses vanidosos, como están sujetas a la apoplejía las personas de cuello corto, como el carbunco ataca preferentemente a los carniceros, la gota a los ricos, la salud a los pobres, la sordera a los reyes, la parálisis a los administradores, así también se ha observado que ciertas clases de maridos son víctimas particularmente de las pasiones ilegítimas. Estos maridos y sus mujeres acaparan a los célibes. Es una aristocracia de otro género. Si algún lector pertenece a cualquiera de esas clases aristocráticas, esperamos que tendrá bastante ánimo, así como su mujer, para recordar el axioma favorito de la gramática latina de Lhomond: «No hay regla sin excepción». Un amigo de la casa puede hasta citar este verso:

Siempre exceptuarse puede a los presentes.

Y cada uno de ellos tendrá, *in petco*, el derecho de creerse una excepción. Pero nuestro deber, el interés que nos inspiran los maridos, el deseo que tenemos de preservar a tantas y tan lindas jóvenes de los caprichos y de las penas que trae consigo un amante, nos obligan a señalar por orden los maridos que deben más particularmente vivir más prevenidos.

Al detallarlos, aparecerán primero todos los maridos que por sus negocios, sus funciones o sus cargos tienen que estar fuera de casa en determinadas horas y por cierto tiempo. Estos son los que llevan el pendón o estandarte de la cofradía.

Entre ellos, distinguiremos a los magistrados, sean amovibles o inamovibles, que deben permanecer en la Audiencia una gran parte del día; los demás funcionarios encuentran a veces la manera de dejar sus oficinas, pero un juez y un fiscal no tienen más remedio que morir en sus puestos; para ellos, la Audiencia es un campo de batalla.

Lo mismo diremos de los diputados y senadores que discuten las leyes, de los ministros que despachan con el rey, de los directores que despachan con los ministros, de los militares en campaña y hasta del cabo que patrulla, como lo prueba la carta de Lafleur en el *Viaje sentimental*.

Después de las personas obligadas a ausentarse de su hogar en horas fijas, vienen los hombres a quienes sus grandes y serias ocupaciones les quitan el tiempo no dejándoles ni un solo minuto para ser amables; sus frentes

siempre están pensativas, sus conversaciones casi nunca son alegres.

A la cabeza de estas tropas *incornifistibuladas*, colocaremos sin vacilar a los banqueros que manejan millones, cuyas cabezas están tan llenas de números, que éstos acaban por atravesar el occipucio elevándose en columnas de sumandos por encima de sus frentes.

Estos millonarios olvidan a menudo las santas leyes del matrimonio y los cuidados exigidos por la tierna flor que tienen el deber de cultivar, no pensando en regarla ni en preservarla a tiempo del frío o del calor. Apenas si se acuerdan de que la felicidad de una esposa les está confiada; gracias que se acuerden al sentarse a la mesa, cuando ven delante de sus ojos a una mujer vestida elegantemente, ricamente adornada, o cuando la muy coqueta, graciosa como Venus, acude con exigencias a la caja. Aquella noche, ¡ah! se acuerdan hasta con exceso de los derechos especificados en el artículo 213 del Código civil, y sus mujeres los reconocen, pero como esos tributos que establecen las leyes sobre las mercancías extranjeras, y ellas los sufren y los pagan en virtud de este axioma: No hay placer que no cueste algún trabajo.

Los sabios, que están meses enteros royendo el hueso de un animal antediluviano, o calculando las leyes de la naturaleza, o espionando sus secretos; los grecistas y latinistas que comen pensando en Tácito, cenan con una frase de Tucídides, viven tragando polvo de las bibliotecas a caza de una nota o de un papiro, todos ellos son predestinados. Nada les llama la atención, nada les choca de lo que pasa en torno de ellos, tan grande es su éxtasis, tan absortos están. ¡Consumárase en plena luz su desgracia, que no se enterarían!... Son felices, ¡mil veces felices! Ejemplo: Beauzé, que, volviendo a su casa después de una sesión de la Academia, sorprende a su mujer con un alemán.

—Ya os decía yo, señora, que era preciso que yo *me voy*...—exclama el extranjero.

—A lo menos, señor—le dice el académico,—diga usted: ¡que yo me fuese!

Vienen luego, lira en mano, algunos poetas cuyas fuerzas vitales han abandonado el entresuelo para irse todas al piso alto. Más diestros en montar el Pegaso (1) que

(1) Caballo alado que, de una patada, hizo brotar la fuente Hipocrana, adonde los poetas iban a proveerse de inspiración.—(N. del T.)

la yegua doméstica, se casan poco, habituados como están a descargar sus furores en las Cloris (1) vagabundas o imaginarias.

Y los hombres con las narices llenas de tabaco;

Y los que, por desgracia, han nacido con una eterna pituita;

Y los marinos que fuman o que mascan;

Y los que, por su carácter seco y bilioso, parece que se han comido una manzana agria;

Y los que tienen en su vida privada algunas costumbres cénicas, varias prácticas ridículas, conservando a pesar de todo un aire de suciedad;

Y los maridos que obtienen el mote denigrante de empolladores o calientanidos;

Por último, los viejos que se casan con muchachas jóvenes;

Todos estos son los predestinados por excelencia.

Hay una postrera clase de predestinados cuyo infortunio también es casi seguro. Nos referimos a los hombres inquietos y quisquillosos, entrometidos y tiránicos, poseídos de no sé qué ideas de dominación doméstica, pensando francamente mal de las mujeres, y que conocen la vida como los abejorros conocen la historia natural. Cuando esos hombres se casan, parecen sus familias avispas decapitadas por un colegial y volteando sobre un vidrio de un lado para otro. A esta clase de predestinados no les servirá este libro, que es para ellos letra muerta. No escribimos para esos imbéciles, estatuas ambulantes, que parecen esculturas de catedral, como no lo hacemos para las viejas máquinas de Marly, que ya no pueden elevar agua en los jardines de Versalles sin exponerse a una súbita disolución.

Voy únicamente a observar en los salones las singularidades conyugales que hormigean en ellos, sin tener en la memoria un espectáculo de que gocé en mi juventud.

En 1819 vivía yo en un caserío en el seno del delicioso valle de Isle-Adam. Mi choza, próxima al parque de Casán, era el más dulce retiro, el más voluptuoso por su aspecto, el más lindo y más húmedo de cuantos han sido creados por el arte y por el lujo. Aquella verde cartuja era debida a un intendente del régimen antiguo, un tal Bergeret, hombre célebre por su originalidad, y que, entre

(1) Diosa de las flores.—(N. del T.)

otras heliogabalerías, iba a la Opera con los caballos empolvados de oro, iluminaba para él solo su extenso parque o se daba fiestas suntuosas a sí mismo. Aquel burgués Sardanápalo había vuelto de Italia tan apasionado por los paisajes de tan bello país, que llevó su fanatismo al extremo de gastar cinco millones haciendo copiar en su parque las vistas que había tomado o que tenía en cartera. Los más deliciosos contrastes de follaje, los árboles más raros, las vistas más caprichosas, los valles más amenos, las islas Borromeas flotando en aguas límpidas, eran otros tantos rayos de luz que aportaban sus tesoros de óptica a un centro único, a una *isola bella* desde donde la mirada distinguía con encanto los detalles todos, en una isla en cuyo seno se ocultaba una casita rústica entre árboles centenarios, en una isla bordada de plantas y de flores, que parecía una esmeralda engarzada en un espejo. ¡Era cosa de huir!... El más enfermizo, el más seco y melancólico de nuestros hombres de genio sin salud, se moriría allí de satisfacción al cabo de quince días agobiado por las suculentas riquezas de una existencia vegetal. El hombre incalificable que poseía entonces tal Edén, había puesto todas sus afecciones en un mono, a falta de una mujer o un hijo. Amado en otro tiempo por una emperatriz, según decían, tal vez estuviera harto de la especie humana. Una elegante linterna de madera, sostenida por una columna escultural, servía de vivienda al malicioso animal, que, siempre encadenado, rara vez acariciado por su dueño, más a menudo en París que en sus posesiones, había adquirido pésima fama. Recuerdo haberlo visto, en presencia de respetables damas, tornándose casi tan insolente como un hombre. El dueño se vió obligado a matarlo, ¡tanto crecía la maldad del mono! Estaba yo una mañana sentado tranquilamente a la sombra de un tulipán florido, ocupado en no hacer nada, pero respirando los amorosos perfumes de los árboles, saboreando el silencio de los bosques, escuchando los murmullos del agua y los rumores de las hojas, admirando los recortes azules que dibujaban sobre mi cabeza las nubes de nácar y oro, pensando tal vez en mi vida futura, cuando oí a un mal aficionado, llegado el día antes de París, tocando el violín con la rabia súbita de un desocupado. No le deseo ni a mi peor y más cruel enemigo que experimente tan terrible contraste con la sublime armonía de la naturaleza. ¡Qué impresiones tan dispares! Si los lejanos sonidos del cuerno de Rolando hubieran animado los aires, bueno... pero ¿cómo resistir un alboroto, un ruido tal, con la preten-

sión de traducir frases e ideas humanas? Aquel Anfitrión (1), que se paseaba por el comedor rascando su violín, concluyó por sentarse en el alféizar de una ventana, enfrente precisamente del mono. Tal vez lo hiciera deseando un público. De repente el animal bajó de su habitación, plantándose en dos pies; y le vi inclinar la cabeza como un nadador y cruzarse los brazos sobre el pecho, como hubieran podido hacerlo Espartaco encadenado, o Catilina oyendo a Cicerón. Llamado el violinista por una voz argentina, dejó el violín en la ventana y se marchó corriendo... como la golondrina que busca a su compañera con vuelo rápido. El mono, cuya cadena era bastante larga, se llegó hasta la ventana y gravemente se apoderó del violín. No sé, lector, si habrás tenido como yo el placer inmenso de ver a un mono intentando aprender música; pero aún hoy, en que ya no río tan fácilmente como en los hermosos días de mi juventud; no me acuerdo nunca de mi mono sin sonreirme. El semihombre comenzó por empuñar el instrumento y por olerlo, como si fuera una manzana. Su aspiración nasal, sin duda, arrancó algún sonido sordo al instrumento, y entonces el orangután movió la testa, le dió la vuelta al violín, miró, palpó, lo puso derecho, lo sacudió, se lo llevó al oído, lo soltó y volvió a cogerlo, todo con una rapidez de movimientos que sólo tienen los monos. Interrogó al instrumento de madera con una sagacidad sin objeto, que tenía algo de incompleto y un no sé qué de maravilloso. Por último trató, de la manera más grotesca, de colocar el violín bajo la barba, teniéndolo cogido con la mano como el violinista; pero se cansó, bien pronto del estudio, como niño mimado, y se puso a pellizcar las cuerdas, no arrancándoles más que sonidos discordes. Ya enfadado, colocó el violín en la ventana, y cogiendo con ambas manos el arco, empezó a frotarlo sobre el instrumento como haría un obrero aserrador. No obteniendo más resultado de la nueva tentativa que cansar sus oídos delicados, se puso a dar golpes con el arco al inocente violín. Parecíame ver a un escolar dándole puñetazos a otro, ya caído, para castigarlo por alguna mala acción. Juzgado y condenado el violín, el mono se sentó sobre sus restos divirtiéndose con una alegría estúpida en pasar el arco roto por su blonda cabellera.

(1) Poeta y músico griego que, según cuenta la fábula, construyó los muros de Tebas con su flauta.—(N. del T.)

Desde aquel día, jamás he podido ver a los predestinados sin comparar a los más de los maridos con el mono que se empeñaba en tocar el violín.

El amor es la más melodiosa de todas las armonías, y su sentimiento es en nosotros innato. La mujer es un delicioso instrumento de placer, pero hay que conocer sus delicadas cuerdas, saberlas templar, estudiar a fondo su teclado caprichoso, tímido, voluble. ¡Cuántos orangut... quiero decir, cuántos hombres se casan sin saber, ni siquiera sospechar lo que es una hembra! ¡Cuántos predestinados han procedido con ellas como el consabido mono de Cassán con su violín! Han destrozado el corazón que no comprendían, como han roto y desdeñado la joya cuyo secreto les era desconocido. Niños toda su vida, se van de la vida con las manos vacías, habiendo vegetado, habiendo hablado de amor y de placer, de libertinaje y de virtud, como los esclavos hablan de la libertad. Casi todos se han casado en la ignorancia más profunda, así de la mujer como del amor. Han empezado por forzar la puerta de una casa extraña y después han querido ser bien recibidos en la sala. Pero el artista más vulgar sabe que existe entre él y su instrumento (¡un instrumento que es de madera o de marfil!) una especie de indefinible amistad. Sabe por experiencia que ha necesitado años para establecer esa relación misteriosa entre la materia y él, y se trata de una materia inerte. No adivinó desde el primer instante los recursos y caprichos del instrumento, sus faltas y sus virtudes. El instrumento no se convierte en alma para él y en fuente de melodías sino después de prolongados estudios; no llegan a entenderse como dos amigos sino después de muchas y muy sabias interrogaciones.

¿Es que retirado del mundo, como un pobre seminarista en su celda, puede aprender el hombre a la mujer ni descifrar el admirable enigma que encierra? ¿Es que un hombre que se ocupa en discurrir por los otros, en juzgar por los otros, en gobernar por los otros, en robar a los otros, en alimentar, curar o herir a los otros, puede tener tiempo ninguno para estudiar a la mujer? Los que hacen oficio de esas cosas y venden su tiempo, ¿cómo han de consagrarse a ser felices? El dinero es su dios. No se sirve a dos amos a la vez. Así está el mundo lleno de mujeres jóvenes que se arrastran débiles, pálidas, enfermas o enfermizas. Las unas padecen inflamaciones más o menos graves, las otras son presa de ataques nerviosos más o menos violentos. Los maridos de esas mujeres son todos ellos ignorantes y predestinados. Han cau-

sado su propia desdicha con el cuidado que un marido artista hubiera puesto en hacer abrir las tardías y delicadas flores del placer. El tiempo que un ignorante emplea en consumir su ruina, es precisamente el que un hombre hábil sabe emplear en la educación de su ventura.

XXVI

No empecéis nunca el matrimonio por una violación.

En las Meditaciones precedentes hemos acusado la extensión del mal con la irrespetuosa audacia de los cirujanos que desenvuelven atrevidamente los tejidos engañosos bajo los cuales se esconde vergonzosa llaga. Traída la virtud pública a la mesa de nuestro anfiteatro, no ha dejado ni trazas en el escalpelo. Amante o marido, ¿habéis temblado o habéis reído del mal? Pues bien, si echamos este inmenso peso social sobre la conciencia de los predestinados, es con cierta satisfacción maliciosa. Arlequín, intentando averiguar si su caballo puede acostumbrarse a no comer, es menos ridículo que los hombres que quisieran encontrar la felicidad en familia, sin cultivarla con todo el esmero que le corresponde. Las faltas de las mujeres son otras tantas actas de acusación contra el descuido, la incuria y la nulidad de los maridos.

Ahora, lector, a ti que tantas veces has condenado tu propio crimen en otro, te toca el sostener la balanza. Uno de los platillos está sobrado lleno, ¡a ver qué pones en el otro! Calcula el número de los predestinados que puede haber en la suma total de matrimonios, y pesa: verás dónde está el mal.

Tratemos de ahondar aun más las causas de esta enfermedad conyugal.

La palabra *amor*, aplicada a la reproducción de la especie, es la más odiosa y repugnante blasfemia que las costumbres modernas hayan enseñado a proferir. La naturaleza, al ponernos por encima de los animales, dotándonos de pensamiento, nos ha hecho aptos para experimentar sensaciones y sentimientos, necesidades y pasiones. Esta doble naturaleza crea en el hombre el animal amante. Esta distinción va a iluminar el problema social que nos ocupa.

El matrimonio puede ser considerado política, civil y moralmente, como una ley, como un contrato, como una institución: ley, es la reproducción de la especie; contrato,

es la transmisión de la propiedad; institución, es una garantía cuyas obligaciones interesan a todos los hombres: todos tienen padre y madre, y tendrán hijos. El matrimonio ley debe ser objeto del respeto general. La sociedad no ha podido considerar más que esos puntos culminantes, que dominan la cuestión conyugal.

La mayoría de los hombres sólo ha tenido en cuenta para casarse la reproducción, la propiedad o el hijo; pero ni la reproducción, ni la propiedad, ni el hijo constituyen la felicidad. El *Cresciti et multiplicamini* no implica el amor. Pedir a una chica a la que se ha visto catorce veces en quince días, amor por la ley, por el rey, por la justicia, es un absurdo digno de casi todos los predestinados.

El amor es el consorcio de la necesidad y del sentimiento; la felicidad del matrimonio es la resultancia de una perfecta armonía de las almas de los dos cónyuges. De esto se sigue que el hombre, para ser feliz, está obligado a ajustarse a ciertas reglas de honor y delicadeza. Después de haber usado del beneficio de la ley social que consagra la necesidad, debe someterse a las leyes secretas de la naturaleza que hacen germinar los sentimientos. Si es que cifra su felicidad en ser amado, preciso es que él ame sinceramente: nada resiste a una pasión verdadera.

Pero ser apasionado, es desear siempre. ¿Se puede siempre desear a la mujer propia?

Sí.

Tan absurdo es imaginar que es imposible amar siempre a la misma mujer, como lo sería pensar que un artista célebre tenga necesidad de varios violines para ejecutar un trozo de música y para crear una melodía encantadora.

El amor es la poesía de los sentidos. Tiene el destino de todo lo que es grande en el hombre y de todo lo que dimana de su pensamiento. O es sublime, o no lo es. Cuando existe, existe para siempre y va creciendo siempre. Este amor es el que los antiguos suponían hijo del Cielo y de la Tierra.

La literatura gira sobre siete situaciones; la música lo expresa todo con siete notas; la pintura no tiene más que siete colores. Como estas tres artes, quizá el amor lo compongan siete principios; abandonamos su determinación al siglo venidero.

Si la poesía, la música y la pintura tienen expresiones infinitas, los placeres del amor deben de ofrecer todavía más; pues en las tres artes que nos ayudan a buscar, tal

vez infructuosamente, la verdad por analogía, el hombre se encuentra solo con su imaginación, mientras que el amor es la reunión de dos cuerpos y de dos almas. Si los tres modos principales que sirven para expresar el pensamiento exigen estudios preliminares aun a los mismos que la naturaleza ha hecho poetas, músicos o pintores, ¿no es de buen sentido el suponer que es necesario iniciarse en los secretos del placer para ser felices? Todos los hombres sienten la necesidad de la reproducción, como todos tienen hambre y sed; pero no todos están llamados a ser amantes y gastronómicos. Nuestra civilización actual ha probado que el gusto es una ciencia, y que sólo ciertos privilegiados saben comer y beber. El amor, considerado como arte, espera su fisiologista. A nosotros nos basta haber demostrado que la ignorancia de los principios constitutivos de la felicidad produce el infortunio que les espera a los predestinados.

Sólo con gran timidez nos atreveremos a aventurar la publicación de varios aforismos que podrían dar nacimiento a ese arte nuevo, como los pedruscos han creado la geología; y entregamos nuestros aforismos a las meditaciones de los filósofos, de los jóvenes casaderos y de los predestinados.

CATECISMO CONYUGAL

XXVII

El matrimonio es una ciencia.

XXVIII

Un hombre no puede casarse sin haber estudiado la anatomía y hecho la disección de una mujer, a lo menos.

XXIX

La suerte de una familia depende de la primera noche.

XXX

La mujer privada de su libre albedrío no puede nunca tener el mérito de hacer un sacrificio.

XXXI

En amor, el alma aparte, la mujer es como una lira, que no entrega sus secretos sino al que sabe tocarla.

XXXII

Independientemente de un movimiento repulsivo, existe en el alma de todas las mujeres un sentimiento que tiende a proscribir, tarde o temprano, los placeres desprovistos de pasión.

XXXIII

El interés de un marido le prescribe, tanto o más que el honor, el no permitirse un placer que no haya tenido el talento de hacerlo desear a su esposa.

XXXIV

Siendo causado el placer por la alianza de las sensaciones y de un sentimiento, se puede decir, aunque sea esto algo atrevido, que los placeres son una especie de ideas materiales.

XXXV

Combinándose las ideas hasta lo infinito, debe suceder lo mismo con los placeres.

XXXVI

Así como no hay en un mismo árbol dos hojas idénticas, tampoco se encuentran en la vida de un hombre dos momentos de placer iguales.

XXXVII

Si hay diferencias entre un momento de placer y otro, es claro que un hombre puede ser siempre feliz con la misma mujer.

XXXVIII

Conocer y asir con habilidad los matices y las gradaciones del placer, desarrollarlos, darles un estilo nuevo, una expresión original, constituye el genio de un marido.

XXXIX

Entre dos seres que no se aman, preside el genio del libertinaje; pero las caricias que el amor preside no son lascivas jamás.

XL

La mujer más virtuosa puede ser indecente sin saberlo.

XLI

La más casta de las mujeres casadas puede ser también la más voluptuosa.

XLII

Cuando dos seres están unidos por el placer, todas las convenciones sociales duermen. Tal situación oculta un escollo en el que han zozobrado bastantes embarcaciones. Un esposo está perdido, si olvida una sola vez que existe un pudor aparte de los velos. El amor conyugal nunca debe quitar ni poner la venda sin oportunidad.

XLIII

La potencia no consiste en dar fuerte o a menudo, sino en dar a tiempo.

XLIV

Dar nacimiento a un deseo, alimentarlo, desarrollarlo, agrandarlo, irritarlo y satisfacerlo, es todo un poema.

XLV

El orden de los placeres es del dístico al cuarteto, del cuarteto al soneto, del soneto a la balada, de la balada a la oda, de la oda a la cantata, de la cantata al ditrambo. El marido que empieza por el ditrambo, es un necio.

XLVI

Cada noche debe tener su *menú*.

XLVII

El matrimonio debe incesantemente combatir a un monstruo que lo devora todo: la costumbre.

XLVIII

Si un hombre no sabe distinguir la diferencia de los placeres de dos noches consecutivas, se ha casado demasiado pronto.

XLIX

Es más fácil ser amante que marido, por la misma razón que es más difícil tener ingenio todos los días que decir buenas cosas de cuando en cuando.

L

Un marido no debe ser el primero en dormirse ni el último en despertarse.

LI

El hombre que entra en el tocador de su mujer, o es un filósofo o un imbécil.

LII

Si el marido no deja nada que desear, es hombre perdido.

LIII

La mujer casada es una esclava a la que es necesario saber ponerle un trono.

LIV

Un hombre no puede lisonjearse de conocer a su mujer y de hacerla feliz sino cuando la ve con frecuencia en sus rodillas.

Era a la turba ignorante de los predestinados, a la legión de asmáticos, de fumadores, de tomadores de tabaco, de viejos, de gruñones, etc., a quien Sterne dirigía la carta escrita en el *Tristram Shandy*, por Gauthier Shandy a su hermano Tobías, cuando este último se proponía casarse con la viuda de Wadman.

Las célebres instrucciones que el más original de los escritores ingleses ha consignado en esta carta, salvo pocas excepciones, pueden completar nuestras instrucciones sobre la manera de conducirse con las mujeres; y por lo mismo las ofrecemos textualmente a las reflexiones de los predestinados, rogándoles que las mediten como una de las más substanciales obras maestras del ingenio humano.